The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

8628
T255
v.30

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
vol. 30
no. 1-19

a 00002 34007 8

PQ6217
.T44

EKS
FIVE
out on

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 30
no. 1-19

Antonio de Leyva

704

Ariza

MADRID.
EDITORES, ELIZALDE Y COMPAÑÍA.
MAYOR, NUM. 106.

1870.

ANTONIO DE LEIVA,

DRAMA EN TRES ACTOS

Y UN PROLOGO, Y EN VERSO,

POR

DON JUAN DE ARIZA.

ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL.

SEGUNDA EDICION.

N.º 37.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1855.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

Años.	PERSONAS DEL PROLOGO.	ACTORES.
16	DIANA.	Sra. D.ª M. Diez.
20	ANTONIO DE LEIVA. . .	Sr. D. J. Romea.
30	HERNANDO DE CORREA. .	Sr. D. P. Sobrado.
45	EL MARQUES DE PONTEVADO.	Sr. D. J. Calvo.

Epoca 1503.

La escena en una alqueria de la Rioja.

PRÓLOGO.

Una huerta poblada de frutales, emparrados, legumbres, algunos rosales y otras flores. En el fondo, y entre los árboles, se descubre una tapia con una puerta practicable; y á la derecha del actor la entrada á una casa de humilde aspecto.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, *vestida de labradora, se ocupa en formar un hermoso ramo de flores.*—HERNANDO DE CORREA, *en trage de sargento y con una bandera al hombro, entra por la puerta del fondo y se dirige á la casita.*

DIANA. *(Viendo á Correa.)*
¡Ah!
CORREA. ¿Quién grita?
DIANA. Como entrais...
CORREA. Entrando.
DIANA. Pero á quién busca?
CORREA. A quién buscar puede un hombre
(Acercándose á Diana.)
de mi porte y mi figura
sino á un mozo que prometa
buena planta de recluta?
DIANA. Pero...
CORREA. Qué?
DIANA. Digo...
CORREA. Qué dices?
DIANA. Que antes de entrar, se acostumbra
á pedir vénia.
CORREA. Comprendo;
pero es el caso que nunca

tuvo Hernando de Correa
que perder tiempo en disputas,
para recorrer las cámaras
de esta casa...

DIANA. Pues con mucha
libertad, señor soldado...

CORREA. Sargento, moza...

DIANA. Sin duda,
señor sargento...

CORREA. Decias?..

DIANA. Nada, vuestra faz...

CORREA. Te asusta?

DIANA. Sí en verdad.

CORREA. Mucho lo siento,
¡Voto al diablo! que eres una
muchacha de lindo talle
y de no poca hermosura.

DIANA. Callad; porque esas palabras...

CORREA. Quieren decir que me gustas:
ni mas ni menos. Yo soy
sargento, y de malas pulgas;
pero en viendo, prenda mia,
una serrana de punta
como tú...

DIANA. Callad.

CORREA. Me callo.
Pero dime: ¿cuántas lunas
han pasado desde que
aquí tus soles alumbran?
Respóndeme.

DIANA. A quién buscais?

CORREA. Vuelta á la misma pregunta.
Buscaba á Antonio: ahora quiero
contemplar esa cintura,
ese pié...
(Acercándose á Diana.)

DIANA. Voy á llamarlo.
(Acercándose á la casita.)

CORREA. Pero...
(Queriendo cerrarla el paso.)

DIANA. Dejadme.
(Entra en la casita.)

CORREA. Se fuga.

ESCENA II.

CORREA, *arrima la bandera á un árbol y se pasea pensativo.*

En dónde habrá reclutado
Leiva esta linda rapaza?...
¡voto al demonio! que caza
el mancebo en lo vedado.
Dice su acento que no
ha crecido en esta tierra;
el mozo no ha hecho la guerra...
En dónde la cautivó?
Pues yo sin averiguar,
por Santiago! no he de irme,
si la cazó en tierra firme
ó si la pescó en la mar.
Los mancebos el demonio
tienen el cuerpo cuando
ven una rapaza.

ESCENA III.

CORREA.—LEIVA, *que sale de la casita.*

LEIVA. Hernando!
CORREA. Ven á mis brazos, Antonio!
(*Se abrazan.*)
LEIVA. Cómo lo has pasado?
CORREA. Bien.
LEIVA. Vencedor siempre.
CORREA. Y vencido.
LEIVA. Vencido?
CORREA. No lo has oido.
Los castellanos tambien
hemos sufrido reveses.
LEIVA. Nosotros?
CORREA. Sí; y no te asombres.
Por ventura, no son hombres

como tú y yo, los franceses?

LEIVA. Sí; pero...

CORREA. Palabras huecas
á un lado, que, en conclusion,
ellos tienen corazon
y espadas blanden, no ruecas.
Y hay de valor mas alarde,
hay gloria mas esplendente
en resistir á un valiente
que en derrotar á un cobarde.
Como amigos conquistamos;
pero, luego que vencimos,
los estados dividimos
mal y no nos conformamos.
El francés á mano airada
nuevas provincias pidió,
que el gran Capitan guardó
y puso en juego la espada.
El, con mas fuerza y alerta
estaba, y afortunado
á nuestro gefe ha sitiado
en su campo de Balerta.
Queda en él: yo vengo á España
á reclutar nuevas gentes,
que nos devuelvan valientes
el honor de la campaña.
Y como, cuando partí,
seguirme á Italia quisiste,
y por niño no viniste,
ahora yo vengo por tí.
Dispónte al punto.

LEIVA. No puedo.

CORREA. Voto á Santiago!

LEIVA. Correa,
combates mi alma desea;
pero me detiene...

CORREA. (*Con desprecio.*) El miedo.

LEIVA. Qué has dicho? Nécio de mí!
No debo irritarme... Piensa
que te perdono una ofensa.

CORREA. Pero te quedas aquí?

LEIVA. Sí.

CORREA. Y aquella sed de gloria

que alimentó tu niñez
con una noble altivez!

LEIVA. Escucha, Hernando, una historia.

CORREA. Ya escucho.

LEIVA. En esta alquería,
que mis padres levantaron
y en herencia me dejaron,
honrado y feliz vivia.
Pensando siempre en la guerra,
bañaba con mi sudor
los pétalos de la flor,
las entrañas de la tierra.
Entonaba la cancion
marcial que anima al soldado,
una mano en el arado
y otra sobre el corazon.
Y aunque soñaba, en mi afan,
con los bélicos laureles,
cenaba en blancos manteles
moreno y sabroso pan.
Esto traigo á tu memoria,
porque en breve cuadro encierra,
que cultivando la tierra
puede pensarse en la gloria.

CORREA. Prosigue.

LEIVA. Llegó de mayo
una tarde en que las flores
ostentaban sus colores
del sol al ardiente rayo.
Sobre el césped reposaba
tranquilo, y me adormecia
el arroyo que corria,
ó el ruiseñor que trinaba.
De mi sueño sosegado
me sacó una voz suave,
mas que los trinos del ave,
y me encontré rodeado
de un hombre, una anciana dueña,
y una jóven mas hermosa
que la mas temprana rosa
de la mañana risueña.
Aparicion la crei
bajo el tupido ramaje;

me pidieron hospedaje,
y yo hospedaje les dí.
Pero, Hernando, al hospedar
tan soberana belleza,
me avergonzó mi pobreza
y lo humilde de mi hogar.
Huyeron de mi memoria
despues los bélicos sueños,
y en amorosos empeños
troqué mis sueños de gloria.

CORREA. Leiva!

LEIVA. Perdona... La adoro.
Tú la has visto de aldeana
vestida. Dí, mi Diana
no es de hermosura, un tesoro?

CORREA. Sí.

LEIVA. En su tierna juventud
aduna, raro portento,
á la belleza el talento,
y al talento la virtud.
Ya conoces que no puedo
buscar en estraña tierra
los azares de la guerra.

CORREA. Te quedas, Leiva?

LEIVA. Me quedo.
Sabes que mi corazon
con fuego pátrio se inflama.

CORREA. Y qué?

LEIVA. Es débil porque ama.

CORREA. Basta. Dime: quiénes son
esos huéspedes?

LEIVA. Vivian
en un palacio murado
del marqués de Pontevado,
á quien todos tres servian.

CORREA. Sigue.

LEIVA. Una noche...

CORREA. El Marqués,
respóndeme, hizo traicion
á las armas de Aragon,
prestando ayuda al francés?

LEIVA. Sí.

CORREA. El palacio en lo mas alto

de la Calabria está?

LEIVA. Sí.

Pero cómo sabes?...

CORREA. Dí,

fué tomado por asalto?

LEIVA. Sí.

CORREA. Pues voto á Belcebú!
que es el mismo. Buen derroche
hicimos aquella noche
en sus defensores.

LEIVA. Tú?

CORREA. Fué una bonita campaña
aquella, y bien castigado
quedó el marqués. Su criado,
para qué ha venido á España?

LEIVA. Lo ignoro. Si guarda fiel
de su señor un secreto,
yo su silencio respeto,
y parto mi pan con él.

CORREA. Bien hecho. Dime, podrá
un sargento de bandera
comer alguna friolera
ahí dentro?

LEIVA. Sí.

CORREA. Bien está.
Aquí, para entre los dos,
esa graciosa italiana
que ví en trage de aldeana,
es un buen bocado. Adios.

ESCENA IV.

LEIVA.—*Se pasea pensativo, y despues se para delante de la bandera que está arrimada á un árbol.*

Bandera entre mil banderas,
hermoso emblema español,
dó nunca se pone el sol,
de mundos señora, imperas.
Yo te adoré, porque eras
la gloria que en sueños vía
mi entusiasta fantasía;
y ahora que pudiera ufano

enarbolarte en mi mano,
te dejo, bandera mia.
Yo te adoré cuando niño:
y viéndote en la memoria,
hermoso emblema de gloria,
fué creciendo mi cariño.
Mas hoy el laurel desciño,
sin tocarlo, de repente:
ya te abandono vilmente,
porque ofrecen los amores
de mirto y de blancas flores
otra corona á mi frente.
Diana! Llega encantadora
que me ofreces otro templo:
mira qué loco contemplo
la enseña que me enamora.
No tardes, pues cada hora
en el confin italiano,
oigo la voz de un hermano
que me llama en su despecho,
y á esa voz salta en mi pecho
un corazon castellano.
No puedo mas.
(*Cogiendo la bandera.*)
Mi bandera!
rota por cruda metralla,
tú serás en la batalla
mi constante compañera.
Tremolarás la primera
sobre la torre mas fuerte.
Oh! yo sabré defenderte;
y, de victoria en victoria,
para tí será la gloria,
para mí será la muerte.

ESCENA V.

LEIVA.—DIANA, *que se adelanta hácia el jóven; este deja la bandera y se arrodilla.*

DIANA. Muy bien.
LEIVA. Perdona...
DIANA. A mis piés
postrado. Por qué razon?

LEIVA. Porque alcanzar tu perdon
espero, como me ves.
DIANA. Tú me has ofendido?
LEIVA. Sí.
DIANA. No adivino la manera.
LEIVA. Adorando esa bandera
como te adoraba á ti.
Borrando de mi memoria
un solo instante, tu amor,
para pensar con ardor
en las lides y la gloria.
Queriendo llevar la muerte
y blandir la espada impia...
DIANA. ¿Me abandonas?
LEIVA. No, alma mia:
y uno mi suerte á tu suerte.
Pero, aunque no te abandono,
ya que loco te ofendí,
espero perdon de ti.
¿Me perdonas?...
DIANA. Te perdono.
LEIVA. Gracias...
DIANA. ¿Nunca pensarás
en dejarme?
LEIVA. Te lo juro.
DIANA. Jamás el acero duro
tu diestra empuñe...
LEIVA. Jamás.
DIANA. Sí, y un dia, y otro dia,
á nuestros castos amores
cadenas darán las flores
y las aves armonía.
LEIVA. Sí, sí. Yo me entregaré
á las rústicas faenas,
mientras floridas cadenas
forjen tus manos...
DIANA. Sí á fé.
LEIVA. Y cuando deje mi arado
el fecundo surco abierto:
cuando de sudor cubierto
traiga mi rostro tostado:
cuando la dorada mies
ó de las parras el fruto,

dulce y sabroso tributo
presente, hermosa, á tus pies:
para premiar mis fatigas,
me ceñirán los amores
una corona de flores,
de pámpanos y de espigas.

DIANA. Enjugaré tu sudor
cuando dejes el arado,
y sobre el rostro tostado
dará un ósculo mi amor.
Recibiré de tu mano,
arrodillada el racimo
sabroso, dorado, opimo,
y el rubio y fecundo grano.
Para premiar tu faena
y tus fuerzas restaurar,
sazonaré en el hogar
limpia y nutritiva cena.
Y sobre el blanco mantel,
al lado del pan moreno,
verás oloroso y lleno
un jarro de moscatel.
Mas no pienses que á mi afan
faltarán flores hermosas;
el vino pondré entre rosas
y entre azucenas el pan.
Y asi un dia y otro dia,
á nuestros castos amores
cadenas darán las flores
y las aves armonía.

LEIVA. Calla, déjame estasiarme
en porvenir tan risueño.
Pero será todo un sueño?
Cuánto temo despertarme!

DIANA. Leiva...

LEIVA. Escucha: mi pasion
es tan grande, tan violenta,
que reanima y atormenta
á un tiempo mi corazon.
Tras la ventura de hoy
miro impaciente, Diana,
la ventura de mañana,
y tras ella loco voy.

Temerario me abandono
en alas de mi deseo,
y olvido lo que poseo
por buscar lo que ambiciono.
Pretendo dar á mi alma
reposo, mas la memoria
retrata una nueva gloria,
y nunca encuentro la calma.
En tan acerba inquietud
boga, y boga combatida
de rudas olas mi vida:
y páso mi juventud
sin encontrar el reposo...

DIANA. Prosigue.

LEIVA. Que busco en vano.

DIANA. Y ese reposo?...

LEIVA. *(Diana se estremece.)* En tu mano
está. Quiero ser tu esposo.

DIANA. Sí.

LEIVA. A tu padre contaré
mi sufrimiento prolijo,
y con la humildad de un hijo
tu mano le pediré.
(Diana se estremece de nuevo, y va cayendo en melancólica distraccion.)
Y en mis palabras...

DIANA. Qué dices?

LEIVA. Del mas puro amor el fuego
verá; cederá á mi ruego,
y seremos muy felices.

DIANA. Si, muy felices.

LEIVA. Me pasma
tu abatimiento, amor mio,
Rie, como yo me rio.
Ya huyó el lúgubre fantasma
que me atormentó hace poco.
Pero tú tiemblas, vacilas,
baña el llanto tus pupilas...
Es para volverme loco
esa tristeza.

DIANA. No.

LEIVA. Sí.

DIANA. Bien. Me aflige y me acobarda

que mi padre mucho tarda
desde que salió de aquí.
Muy poderoso interés
lo impulsó á marchar resuelto
á la córte, y ¡ay! no ha vuelto
habiendo pasado un mes.
En este tiempo tan largo
sola estoy; y en tal olvido
me deja, que no he tenido
noticia suya. Hazte cargo
si silencio tan cruel
aumentara con violencia
los rigores de su ausencia;
si debo temblar por él.
Su recuerdo me persigue,
sin dar á mi ansiedad pausa.
Ya sabes la única causa
de mi tristeza.

LEIVA. Prosigue.

DIANA. Quieres saber mas?

LEIVA. Sí. Quiero
saber que mi amor no influye
en tu ansiedad, ni destruye
tu paz.

DIANA. No sigas.

LEIVA. Espero,
y á tu ternura reclamo
como el mas grande favor,
una protesta de amor...
Una palabra...

DIANA. Te amo.

LEIVA. No mas.

DIANA. Yo...

LEIVA. Por compasion
no mas. Generosa has sido.
(Poniendo la mano de Diana sobre su pecho.)
El amoroso latido
sientes de mi corazon?

DIANA. Sí.

LEIVA. Escucha: mi frenesí
es tal, es mi dicha tanta,
que me estremece, me espanta,
y necesito huir de tí.

ESCENA VI.

DIANA.

Ay! de amores loco
se marcha el doncel;
ay! loca de amores
me deja tambien.
Mas él huye alegre,
mas que el rosicler
de aurora entre nubes
de rosa y clavel:
y yo, con suspiros
y llanto á la vez,
repito á las áuras
que sufro por él.
De humilde linaje
nos juzga y nos vé
sin patria ni hogares
proscritos correr.
Azares no teme
que puedan un bien
robarle, tan caro
para su alma fiel.
mas yo que conozco
la fiera altivez
de mi padre, digo,
que sufro por él.
Mi padre corona
ciñe de marqués,
que debe algun dia
pasar á mi sien.
Mas él con sus manos
recoje la mies,
y empuña la esteva,
ó tiende la red.
De nuestros amores
se dá el parabien,
porque no adivina
que sufro por él.

Mas toda esperanza
no debo perder.
Mi padre las iras
provocó del Rey.
Perdió sus estados...
Qué le queda, pues?
De ilustres abuelos
el falso oropel.
Mi amante me adora,
no debo temer.
Suspiros á un lado:
feliz soy por él.

ESCENA VII.

DIANA.—EL MARQUÉS, *en trage de camino y por la puerta del fondo.*

MARQ. Diana.
DIANA. Llegad, padre mio,
y mis temores acaben.
MARQ. Sí; de una vez hallar deben
término nuestros pesares.
Estréchame alborozada:
vuelve otra vez á abrazarme,
y el llanto de los proscritos
jamás tus mejillas bañe.
DIANA. Qué dices, señor?
MARQ. Que pronto
verás del cielo de Nápoles,
las refulgentes estrellas
y el azul puro y suave.
Que serás de tus mayores
en los antiguos alcázares,
por hermosa celebrada
y envidiada como antes.
Que los reyes de Castilla
y Aragon, nobles y grandes,
mis desaciertos olvidan
y conceden sus bondades.
Que dueño, como otras veces,

de castillos y lugares
tendré vasallos humildes
que mis órdenes acaten.
Y en fin... Pero no me escuchas.
Pálido está tu semblante.
Qué tienes? No te embriaga
la dicha de contemplarte
en la magnífica altura
de donde un punto bajaste?

DIANA. Agradezco las mercedes
que los monarcas nos hacen,
porque llenan de alegria
el corazon de mi padre.
Vos encontrais la grandeza
que mucho tiempo gozásteis,
y que hasta aquí os perseguía
su deslumbradora imágen.
Yo, señor, nada echo menos
en aquestas soledades;
y si entré en ellas llorando,
mermaron tanto mis males,
que no es estraño al dejarlas
amargo llanto derrame.

MARQ. Ya encontrarás, hija mia,
un bien en nuestros hogares,
que no te deje memoria
del tiempo que aquí pasaste.
Marchar debemos alegres...

DIANA. Cuándo, señor?

MARQ. Esta tarde.

DIANA. Tan pronto?

MARQ. Yo no he querido
dejar este humilde traje,
por no llamar la atencion
de estos buenos habitantes.
Mas es preciso, Diana,
que emprendamos el viaje
pronto; porque nos esperan,
ocultos y no distantes,
palafrenes y criados.
Dí á la dueña que prepare
con la mayor prontitud
nuestro modesto equipaje,

en tanto que me despido
de nuestro huesped.

DIANA. Contarle
pensais de nuestra fortuna
el cambio?

MARQ. No: pues mas vale
dejarlo en su error; aunque
su generoso hospedaje
pienso al punto de partirnos,
con oro recompensarle.

DIANA. Quereis pagarle con oro?

MARQ. Con qué quereis que le pague?

DIANA. Mirad que ese labrador,
aunque de humilde linaje,
tiene un alma...

MARQ. Hácia aqui viene.
Aprovecharé de hablarle
la ocasion. Disponlo todo.

DIANA. Lo haré, señor.

MARQ. Y no tardes.

ESCENA VIII.

EL MARQUES.—LEIVA.

LEIVA. Gracias á Dios! cuánto afan
manifestó esta mañana
por vuestra ausencia Diana.

MARQ. Sus penas acabarán,
para no reproducirse
en mucho tiempo.

LEIVA. Lo creo.
Ella os vé, como yo os veo;
no tendrá por qué afligirse.
Y vos, para no turbar
su permanente alegría,
no abandonareis, ni un dia,
este apacible lugar.

MARQ. No puedo permanecer
en tan risueña morada.

LEIVA. Os vais?

MARQ. Sí.
LEIVA. De vuestra amada
hija acabará el placer,
si os ausentais.
MARQ. No te aflija
su inquietud, honrado amigo;
porque llevaré conmigo...
LEIVA. A quién?
MARQ. A mi tierna hija.
LEIVA. A dónde?
MARQ. A la misma tierra
que mis padres habitaron;
y de la que me alejaron
los rigores de la guerra.
LEIVA. Es imposible!
MARQ. Imposible!
LEIVA. No puede ser.
MARQ. Loco empeño.
LEIVA. Sin duda me ofusca un sueño,
pero un sueño muy horrible.
MARQ. No. Marchamos. De las leyes
el rigor han mitigado,
volviendo al Marqués su estado,
nuestros generosos reyes.
Con tal noticia, yo debo
aprovechar los instantes...
LEIVA. Pero me escuchareis antes
de marchar.
MARQ. Habla, mancebo.
LEIVA. Tiembla el corazon cobarde,
y queda el labio indeciso.
Oh! no os marcheis.
MARQ. Es preciso.
LEIVA. Y cuándo será?
MARQ. Esta tarde.
LEIVA. Pues escuchad: cuando aquí
llegásteis os estimé,
porque en vosotros hallé
la familia que perdí.
Fué mi respeto hácia vos
el que á un buen hijo conviene;
el que en la tierra se tiene
á un padre, imágen de Dios.

Al mismo tiempo una llama
ardió en mi pecho tan...

MARQ. Sella
el labio.

LEIVA. La adoro.

MARQ. Y ella?
Responde pronto.

LEIVA. Me ama.

MARQ. Qué dices? Habla.

LEIVA. Bien sé
que os pido un rico tesoro;
mas, perdonadme, la adoro
con tanto delirio y fé...

MARQ. Basta.

LEIVA. Siento que te aflija
mi súplica; pero es...

MARQ. De Pontevado el Marqués
yo soy.

LEIVA. Y es ella?

MARQ. Mi hija.

LEIVA. *(Cayendo sobre un banco.)*
Ah!

MARQ. Ya ves que es un delirio
tu inesplicable deseo.

LEIVA. *(Levantándose.)*
Teneis razon. Ya lo veo.
(¡Qué humillacion! ¡qué martirio!)

MARQ. Y así...

LEIVA. Dejadme. Por qué
vuestro nombre habeis callado?
Por qué así habeis abusado
de mi franca buena fé?
Si al pisar del labrador
la pobre y rústica casa,
en donde hallásteis sin tasa
generosidad y amor;
le contárais francamente,
en vez de mentidos duelos,
que de cien nobles abuelos
sois único descendiente:
el labrador comprendiera
que os daba, amándola, enojos,
y nunca alzára sus ojos

hasta la ilustre heredera.
Pero, en vez de así pensarlo,
tuvo el noble por mejor
engañar al labrador,
para despues humillarlo...
Idos. Lástima me inspira
de quien miente la grandeza.

MARQ. Antonio!

LEIVA. Vuestra nobleza
es una infame mentira.

MARQ. Callad!

LEIVA. (*Con ironia.*)
De mi opinion cedo,
y no la sostengo, no:
porque si el noble mintió
fué, Marqués..

MARQ. De qué?

LEIVA. (*Con desprecio.*)
De miedo.

MARQ. Arrancaré la atrevida
lengua.
(*Leiva detiene el brazo del Marqués.*)

LEIVA. Detened la mano,
ó ¡vive Dios! que el villano
os arrancará la vida.

MARQ. (*Forcejeando.*)
¡Mal nacido!

LEIVA. (*Apretándole el brazo.*)
Yo os prometo
que apreciará vuestra casta
la de este labrador...

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—LEIVA.—DIANA, *que se precipita entre los dos.*

DIANA. (*Leiva deja el brazo.*)
Basta.
(*A Leiva.*)
Es mi padre.

LEIVA. *(Con amargura.)*
Lo respeto.
DIANA. *(A Leiva.)*
Gracias!
LEIVA. *(Con energía.)*
Señora, marchad
con vuestro padre.
MARQ. Marchemos.
(Se dirige á la puerta del fondo.)
DIANA. *(Acercándose á Leiva.)*
Jamás, jamás nos veremos!
LEIVA. Señora... En la eternidad.

ESCENA X.

LEIVA *se pasea apresuradamente: despues se para y dice.*

LEIVA. Bien, Antonio: aunque villano
no has abatido la frente
ante el orgullo insolente
de ese magnate italiano.
Y dominando el amor
que tu existencia envenena,
para romper su cadena
no te ha faltado valor.
Bien, pobre mancebo, sí.
Mi júbilo no te asombre,
te has portado como un hombre,
y estoy contento de tí!
(Pausa.)
Contento tú, pobre mozo,
cuando tu amada has perdido
porque grande no has nacido?...
Já; calma, calma tu gozo.
La sarcástica sonrisa,
que tanto ofende, no ves
en los lábios del Marqués,
que te desprecia y te pisa?
No ves tu súplica vana
que al principio no le ofende,
porque siquiera comprende

que amar puedas á Diana?
Deja tu vana ilusion
que aumentará tus desvelos:
no tienes nobles abuelos...
Arráncate el corazon!
(Pausa.)
Qué soledad! Su profundo
silencio, oh Dios! me estremece.
Tengo miedo... Me parece
que solo quedo en el mundo.
Por qué en el terror me abismo?..
Quién causa el temor que siento?...
Lo causa mi pensamiento...
Tengo miedo de mi mismo.
El pensamiento me advierte,
todo esperanza perdida,
que es mi tormento la vida...
que es mi descanso la muerte.
Para qué quiero vivir
con tan profundo despecho?...
Animo, Antonio; esto es hecho...
(Dirigiéndose hácia el fondo.)

ESCENA XI.

LEIVA.—CORREA, *que le cierra el paso.*

CORREA. A dónde vas?
LEIVA. A morir.
CORREA. Por qué?
LEIVA. Porque no me queda,
Hernando, esperanza alguna.
CORREA. Quién sabe! de la fortuna
no para nunca la rueda.
LEIVA. Fija para mi...
CORREA. No tal.
LEIVA. Quiero morir.
CORREA. Muy bien dicho,
y respeto tu capricho.
Pero sepamos tu mal.
Por qué aborreces la vida?

LEIVA. Porque pierdo la que adoro.
CORREA. Pues yo traigo tu tesoro,
la muerte y una querida.
Leiva
~~DIANA.~~ Venga la muerte veloz.
CORREA. Si su imágen no te aterra,
llámala, Antonio, en la guerra,
y responderá á tu voz.
LEIVA. En la guerra?
CORREA. Sí: mas vale
morir con alguna gloria,
y que á los siglos la historia
un noble ejemplo señale.
LEIVA. Dices bien: á muerte fiera
la batalla me convida.
En dónde está mi querida?
CORREA. Tómala, en esta bandera.
(La presenta á Leiva que la mira en silencio.
No es jóven, y no se halla
robusta, da compasion;
pero sus arrugas son
heridas de la metralla.
Mil valientes la adoramos,
aunque no es jóven ni bella;
despósate tú con ella
y sígueme á Italia.
LEIVA. *(Cogiendo la bandera.)*
Vamos.
Su esposo soy. No me asombra
el peligro. Cuando muera
me cubrirá esta bandera
como hoy me presta su sombra.
(Tremolándola sobre su cabeza.)

FIN DEL PROLOGO.

Años.	PERSONAS DEL DRAMA.	ACTORES.
38	DIANA.	Sra. D.ª M. Diez.
32	ANTONIO DE LEIVA. . .	Sr. D. J. Romea.
52	HERNANDO DE CORREA. .	Sr. D. P. Sobrado.
67	EL MARQUES DE PONTEVADO.	Sr. D. José Calvo.
25	VELAZQUEZ.	Sr. D. M. Osorio.
40	EL CORONEL TUDESCO. .	Sr. D. B. Pardiñas.
45	EL PARLAMENTARIO. . .	Sr. D. José Diez.

Ancianos.—Oficiales y soldados tudescos y españoles.

Epoca del 23 al 24 de febrero de 1525.

La escena en el palacio de Antonio de Leiva en la Rioja.

ACTO PRIMERO.

Gran salon en el palacio de Antonio de Leiva, con puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués de Pontevado.—El Coronel de los Tudescos.

Marq. Necesito la respuesta;
pues veloz el tiempo corre,
y todo debe cumplirse
antes de la media noche.
Coron. Breve es el plazo.
Marq. No importa,
porque asi serán mayores
las recompensas.
Coron. Me allano.
Marq. Luego quedamos...
Coron. Conformes.
Marq. Ya conoceis nuestro plan
por entero...
Coron. Sé que es doble,
y que influirán los sucesos
en nuestras resoluciones.
Marq. Quizás debo recordaros
importantes pormenores.

CORON. Nada olvido.
MARQ. Mas...
CORON. Silencio.
Algunas paredes oyen,
y no estará bien que estas
escuchen nuestras razones.
MARQ. Sois prudente.
CORON. Separarnos
debemos ya, no nos corten
las palabras, y con ellas
nuestras buenas intenciones.
MARQ. Dios os guarde.
CORON. Guárdeos Dios.
MARQ. Tendremos oro y honores.
(Se va por el fondo.)

ESCENA II.

EL CORONEL.

Aun duda el Marqués: no sabe
que ha dado al fin con su hombre,
y que me conviene mucho
asegurar bien el golpe.
Hombre de espada naci,
y saben Dios y San Jorje
que con la espada pretendo
alcanzar oro y blasones.
Quien mejor paga mas vale,
esta es mi ley y mi norte.
Traidores son los vencidos:
héroes son los vencedores.
Animo: para quedar
honrados en las traiciones
preciso es triunfar, venciendo,
voto al diablo! no hay traidores.

ESCENA III.

El Coronel.—Correa.

Correa. Mi coronel.
Coron. Bien venido.
(Si no escuchó nuestras voces.)
Qué noticias?
Correa. Nada nuevo.
No cambian las posiciones
de franceses, italianos,
alemanes, ni españoles.
Van cuatro meses de cerco,
de asalto é intimaciones:
el francés firme en sus trece,
nosotros en las catorce.
Si atacan, los rechazamos
en las puertas y en las torres:
á su gruesa artillería
replican nuestros cañones:
á sus mas fuertes asaltos
nuestras salidas responden;
disputamos cuerpo á cuerpo
el agua y las provisiones;
y nos hallamos tan cerca
sitiados y sitiadores,
que, cuando tocan al arma,
el mas diestro desconoce
si franceses ó imperiales
son trompetas y tambores.
Asi van pasando dias,
y por mas que cruge el bronce,
lo mismo nos encontramos
que al principio: si no opone
unos cuantos vivos menos
y unos muertos mas...
Coron. Conoce
muy bien el señor sargento
nuestras mútuas situaciones.
Mas olvida sin embargo,

aunque recordarlo importe,
que temblando se pronuncian
á todas horas dos nombres:
hambre y peste: que el soldado
un cuarto de racion come,
y con el hambre y la peste
se arrastran los pobladores
de la ciudad, que si pronto
Pescara no nos socorre,
y el hacerlo es muy dificil,
por mas que el valor abone
de las imperiales huestes
esfuerzos heróicos, nobles,
mermadas por la epidemia
y del hambre á los rigores,
morirán sin que la gloria
su sacrificio corone.

CORREA. Y qué mas dá? moriremos
impávidos defensores
de esta ciudad, tremolando
los imperiales pendones.
Curtidos ya en los combates,
de la guerra los furores
traspasan, sin aterrarlos,
nuestros duros corazones.
Alimento de las almas
son los bélicos redobles,
y hambrientos harán mas presa
los castellanos leones.
Rendirnos, nunca; morir
si el cielo no nos acorre
en las ruinas sepultados
de esos viejos torreones.
Esta es mi opinion, la misma
tiene el general, que note
la vuestra entre los mas firmes
de tus bravos campeones
permitireis.

CORON. Quién lo duda.

CORREA. Triunfar ó morir.

CORON. Conformes.

CORREA. El triunfo es nuestro con tal
conformidad de opiniones.

ESCENA IV.

El Coronel.—Correa.—Leiva *acompañado de varios oficiales españoles, alemanes é italianos.*—Velazquez.

Leiva. *(A los oficiales que le acompañan.)*
No hay en el campo enemigo
muestras de próximo alarde,
y se pasará la tarde
sin dar severo castigo
á su indómita arrogancia.
Yo velo por la ciudad;
un momento descansad,
mientras reposa la Francia.

Velazq. Sus horas de calma son
de embates presagio cierto.

Leiva. Qué importa, si está despierto
el castellano leon?

Coron. Y vos, general, con él,
siempre avivando su saña,
pronto á lidiar por España.

Leiva. Y por Austria, coronel.
Pues no es monarca distinto,
ni distinto caballero,
de España el Cárlos Primero
y del Austria el Cárlos Quinto.
Y así con el mismo afan,
por el mismo soberano
lidian flamenco, italiano,
españoles y aleman.

Coron. Todos con un interés
sus derechos sostenemos.

Leiva. Y todos nos portaremos
bizarramente.

Coron. Asi es.

Leiva. *(Con intencion.)*
Que, por especial favor,
quizás la cesárea renta
ningun cobarde alimenta,
ni paga ningun traidor.

CORON. Contando siempre con buenos,
mas tranquilo cada dia
estais.
LEIVA. No me inquietaria
una traicion mas ó menos.
CORON. No os dieran zozobra y pena
unos malos servidores?
LEIVA. No: colgara á los traidores,
como á perros, de una almena.
Y sin mudar de color
saldria al campo despues.
CORON. A qué?
LEIVA. A matar un francés
por cada ahorcado traidor.
CORON. Nuestra probada lealtad...
LEIVA. Evitará el escarmiento.
(*Despidiendo á sus oficiales.*)
Aprovechad el momento
de la tregua, y descansad.

ESCENA V.

CORREA.—LEIVA.

LEIVA. (*Sentándose.*)
Tambien yo descansaré.
CORREA. Toda la noche has rondado:
debes estar fatigado.
No es asi, Antonio?
LEIVA. No, á fé.
CORREA. Oh! de admirar no me canso
el buen temple de tu acero:
siempre al peligro el primero;
siempre el último al descanso.
Donde hay mayor riesgo, allí
de seguro te contemplo.
LEIVA. Yo debo dar el ejemplo:
yo que mando... no es así?
CORREA. Pero me asombra, en verdad,
que tanto tu brio sea.
LEIVA. Eso, Hernando de Correa,

consiste en la voluntad.

CORREA. Pues qué te rindes?...

LEIVA. Escucha,
y cállalo: yo no cejo
nunca; pero sí forcejo
para sostener la lucha.
Aunque sereno me ves,
provocando los combates,
temo los rudos embates
del ejército francés:
y me atormenta el cañon
que hiere nuestra muralla,
como si bala y metralla
dieran en mi corazon.
Mientras la fiebre aniquila
á defensores leales,
recorro los hospitales
con faz serena y tranquila.
Mas es mentira mi calma
cuando el duro azote hiere:
cada soldado que muere
me lleva parte del alma.
Dicen que con franca risa
miro, y no atiendo á razones,
cómo nuestras provisiones
se agotan á toda prisa.
Y no sospechan la ruda
pena que en el alma siento
si un niño me llora hambriento,
ó me maldice una viuda.
No miran que estoy temblando
porque pide con razon
el soldado una racion
que darle no puedo, Hernando.
Y no ven bajo el alambre
de mi bruñida visera,
un rostro como la cera,
de angustia, fatiga y hambre.

CORREA. Tanto sufres?

LEIVA. Calla, calla.
Esto queda entre los dos.
Unico testigo es Dios
de mi sangrienta batalla.

CORREA. Pero...
LEIVA. En tanto que yo aliente,
debe la hueste admirada
mirar mi faz sosegada,
alta y serena mi frente.
(La mano sobre el pecho.)
Truene aquí la tempestad;
brille en mi faz la alegría;
porque una sonrisa mia
valer puede una ciudad.
CORREA. Antonio.
LEIVA. Ya comprender
debes cuánto habré sufrido.
CORREA. Y dime... tú no has comido?...
LEIVA. No he comido desde ayer.
CORREA. Te callas, por vida mia,
y el hambre te está matando.
LEIVA. Pues tráeme mi pan, Hernando,
y mi copa de agua fria.
Mas sírveme puntual,
mi advertencia no te asombre,
que está muy hambriento el hombre...
aunque firme el general.

ESCENA VI.

LEIVA.

Haz cuentas contigo mismo
por mas horrible que sea,
y francamente sondea
la inmensidad del abismo.
Un enemigo valiente
te combate numeroso,
sin dar tregua ni reposo
á tu fatigada gente.
Afligida la ciudad
y su suelo en sangre tinto,
imperan en su recinto
el hambre y la enfermedad.
Agotado tu tesoro

y tu vagilla acuñada,
de los templos la sagrada
plata has tomado y el oro.
Y despues de tanto afan,
cuando te pide ceñudo
el soldado, ni un escudo
tienes que darle ni pan.
Y en siniestra confusion,
que entre murmullos se apaga,
unos reclaman la paga.
y otros piden la racion.
(*Pausa.*)
Tras unos frágiles muros
con soldados descontentos,
enflaquecidos, hambrientos,
siempre abrumado de apuros
podré resistir?... Podré.
A lo mejor no he de hundirme.
Siempre me ha encontrado firme
la suerte, y la venceré.
(*Pausa.*)
Te desplomas sobre mi,
ciudad de muertos y escombros?
No importa; sobre mis hombros
puedo sustentarte, sí.
No han de humillar mi bandera,
pues preparado me encuentro,
ni los apuros de dentro,
ni los combates de fuera.
Y, gracias á mi valor,
á mi indomable porfia,
seguirá siendo Pavía
de mi Rey y emperador.

ESCENA VII.

LEIVA.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Mi general.
LEIVA. Adelante.
VELAZQ. Os busco, señor.

LEIVA. Qué quieres?
VELAZQ. En la antecámara esperan
algunos ancianos débiles
que, para entrar ante vos,
vuestro permiso les lleve.
LEIVA. Qué solicitan?
VELAZQ. Lo callan.
LEIVA. Diles, capitan, que entren.

ESCENA VIII.

LEIVA.—*Momentos despues* EL MARQUÉS.—SEIS ANCIANOS *en trages que manifiestan distintas gerarquías.*

LEIVA. Vénia piden los ancianos...
(Se pasea, acercándose á la puerta de entrada.)
Qué me querrán esas gentes?
(Los ancianos se detienen al ver á Leiva.)
Pero se acercan. Señores,
pasen. Por qué se detienen?
MARQ. Señor, con nuestra embajada
temiéramos ofenderte.
LEIVA. Entrad, señores, entrad.
(Entran los ancianos.)
Pues solo mi vista temen
los que cobardes conspiran,
ó se declaran rebeldes.
MARQ. Obedecemos sumisos,
y sin quejarnos, tus leyes,
y á ti llegamos, porque
el que suplica no ofende.
LEIVA. Hablad.
MARQ. Tú, señor, conoces
que el hambre, la guerra y peste
azotes de Dios, destruyen
la ciudad que tú defiendes.
Tú ves de sus moradores
mústias y bajas las frentes,
y que su reposo hallan
en los brazos de la muerte.
Tú sabes...

LEIVA. Sé que conozco
cuanto en la ciudad sucede,
y que haciéndome su historia,
el tiempo, ancianos, se pierde.
Con referirlos, los males
no se transforman en bienes,
y lo mejor es sufrirlos
hasta que Dios los remedie.

MARQ. Por eso á tí, que de Dios
estás haciendo las veces,
pues segun tu voluntad
dispones de nuestra suerte,
te suplicamos humildes
que tu autoridad emplees
para que tantas angustias
y tantos temores cesen.

LEIVA. No comprendo vuestras súplicas.

MARQ. Nuestra mision no comprendes?

LEIVA. No.

MARQ. Pues á nombre de un pueblo
sufrido, noble y valiente,
que de epidemia y de sitio
cuenta, señor, cuatro meses,
te pedimos...

LEIVA. (*Con dureza.*)
Qué?

MARQ. (*Tembloroso.*)
Perdona.

LEIVA. Prosigue.

MARQ. Un pueblo que muere
solicita...

LEIVA. Estás temblando.
Entre tus lábios se mueven
las palabras, y se niegan
á salir. No te atormentes
en buscar fuerzas. No salen
quizás porque no conviene
que tus lábios las pronuncien,
ni los mios las contesten.
Yo tal vez las adivino,
mas las olvido prudente;
bórralas de tu memoria,
y que jamás las recuerde.

MARQ. Y entretanto la epidemia...
LEIVA. Puede saciarse inclemente
lo mismo en mí que me burlo
de ella, que en ti que la temes.
MARQ. Y la guerra?...
LEIVA. Mas estragos
hace en mis armadas huestes,
que no en los pechos desnudos
de ciudadanos inermes.
MARQ. Y el hambre?...
LEIVA. A todos alcanza:
á todos su espada hiere.
Con un cuarto de racion
el soldado se mantiene,
y eso que sale á buscarla
á los contrarios cuarteles.
Con un cuarto de racion
vive, y vela, y manda el gefe...
Miradla.

ESCENA IX.

LEIVA.—EL MARQUÉS.—LOS ANCIANOS.—CORREA *que trae en un plato una copa de agua y un pedazo de pan negro.*

CORREA. Señor Antonio.
(*Viendo á los ancianos.*)
Pero...
LEIVA. Por qué retrocedes?
Acércate. Ved, señores,
cómo el general no miente.
Y hay ciudadanos que blanco
(*Dirigiéndose al Marqués.*)
pan comen, que vino beben:
y es un sagrado sus casas,
un castillo sus paredes.
ANC. 1.° Tambien hay otros, señor,
que ni ese pan...
LEIVA. Quién?
ANC. 1.° Presente

está quizás.

LEIVA. Tú?

ANC. 1.° Yo.

LEIVA. Toma.

(Presentándole el pan: el anciano rehusa.)

Vacilas porque te ofrece
todo un general tan pobre
y poco régio banquete?

ANC. 1.° Señor...

LEIVA. Será necesario
que una vez y otra te ruegue?
Toma. Señores, unidos
(El anciano recibe el pan.)
seguiremos siendo fuertes.
Decid que dentro del muro
no se verán los franceses.

ESCENA X.

LEIVA.—CORREA.

CORREA. Vive Dios! que la hemos hecho
pronto y bien, por vida mia.

LEIVA. Pues yo estoy muy satisfecho,
y me ha de hacer buen provecho
esta copa de agua fria.
(La bebe.)
Nunca negocio mejor
hizo noble capitan:
te lo juro por mi honor.
He comprado un servidor
por un pedazo de pan.

CORREA. Y toda esa gente honrada
que con tan vivo interés
vino á pedir?...

LEIVA. Casi nada:
que esta ciudad y esta espada
(Llevando la mano á su espada.)
entregara yo al francés.

CORREA. Leiva tal infamia oyó,
si tal infamia pidieron,

sin escarmentarlos?

LEIVA. No.
Sus lábios no la dijeron,
pero la adiviné yo.
Y tuve muy buen cuidado
de que callasen su intento
ligeramente indicado;
porque asi me han evitado
que haga un terrible escarmiento.
De la conclusion testigo
has sido, y mucho me alegro.

CORREA. Pues yo no: como lo digo.
Hoy vale mas que un amigo
un pedazo de pan negro.
Y mi cuarto de racion
te juro que no daria...

LEIVA. Tienes muy buen corazon.
(Se oye rumor fuera.)
Escucha... Qué confusion
de voces, qué gritería.

CORREA. *(Dirigiéndose á la puerta.)*
Voy...

LEIVA. *(Deteniéndolo.)*
Espera.

CORREA. Mas allí
crece el rumor.

LEIVA. De mujeres
no distingues gritos?

CORREA. Sí.

LEIVA. Hernando, escucha...

CORREA. Qué quieres?

LEIVA. Que no entre ninguna aqui.
(Váse Correa.)

ESCENA XI.

LEIVA.

No quiero que me taladre
el corazon un gemido
de desconsolada madre,

de huérfana que ha perdido
su único apoyo, su padre.
No quiero apurar el vaso
de hiel y tósigo.

ESCENA XII.

LEIVA.—DIANA.—CORREA, *que aparece un momento y se retira.*

CORREA. Ahora
no podeis hablarle.
DIANA. Paso
dejad á una dama.
CORREA. Acaso...
LEIVA. Retírate. Entrad, señora.

ESCENA XIII.

LEIVA.—DIANA.

DIANA. Noble señor, perdonad.
(*Desde que comienza á hablar Diana, empieza á inmutarse Antonio de Leiva.*)
Mi atrevimiento y porfia,
grande y estraña en verdad,
pero la ciudad me envia...
LEIVA. Qué me quiere la ciudad?
DIANA. No vengo sola.
LEIVA. Lo sé.
DIANA. Una turba desolada
de tristes madres dejé,
y en su nombre os hablaré;
pues les cerraron la entrada.
LEIVA. Señora... (Será ilusion.)
DIANA. En vuestra bondad confio
para hacer mi peticion.
LEIVA. (Me rebienta el corazon.
No es esa su voz, Dios mio?)

DIANA. Sé que un corazon de hombre
se oculta bajo ese acero.
LEIVA. Sí, señora... Y no os asombre
mi pregunta: vuestro nombre
querreis decir?
DIANA. Caballero,
es bastante conocido,
y no he de poner reparo.
LEIVA. Os quedaré agradecido.
DIANA. Condesa de la Somaro
soy.
LEIVA. Qué?
DIANA. No me habeis oido?
LEIVA. Sí... perdonad.
DIANA. A una voz
toda la ciudad pretende
que cese la lucha atroz,
ya que la muerte veloz
los negros espacios hiende.
LEIVA. (No hay duda; su voz es esa.)
No hagais mi súplica vana,
porque mucho me interesa.
Quereis decirme, condesa,
vuestro otro nombre?
DIANA. Diana.
LEIVA. Diana habeis dicho?
DIANA. Sí... Pero...
Temblais?
LEIVA. Esperad un poco.
DIANA. Voy á llamar.
LEIVA. No... Prefiero
estar solo.
DIANA. Caballero,
qué teneis?
LEIVA. (Me vuelvo loco.)
DIANA. Estais convulso, turbado...
LEIVA. Mi convulsion no os aflija.
(Es ella; no me he engañado.)
Del marqués de Pontévado
vos sois, señora?
DIANA. La hija.
LEIVA. No me conoceis?
DIANA. Señor.

LEIVA. Cierto es que media un abismo
profundo entre nuestro amor.
DIANA. Sois Antonio el labrador,
príncipe de Ascolí?
LEIVA. El mismo.
DIANA. Oh!
LEIVA. Diana?
DIANA. Antonio!
LEIVA. Sí!
DIANA. Antonio!
LEIVA. Llámame así.
Es tanto el placer que siento
que recobro en un momento
la ventura que perdí.
Pero eres tú? No me engaño?
Han pasado año por año,
veinte mortales sin verte,
y de un modo tan estraño
ahora nos une la suerte.
De tu voz la melodía,
que siempre, siempre, á mi oido
un eco fiel repetía
te denunció hermosa mia.
DIANA. Y yo no te he conocido.
LEIVA. Es que tú estás tan hermosa
como te ví en la enramada
de mi vergel, fresca rosa:
cada vez mas amorosa
Mas yo que, loco de amores,
cantaba, gentil renuevo,
mis delicias entre flores,
desesperado mancebo
corrí á buscar los furores
de la guerra; y en mi luto,
desapiadado guerrero,
daba á la muerte tributo,
hora aguijando mi bruto,
hora blandiendo mi acero.
Y con salvaje alegría
al bote mas rudo y fuerte
mi altivo pecho oponia;
y la muerte no venia
porque buscaba la muerte.

Mas del dolor, lo confieso,
no me libraron las mallas:
y asi en mi frente está impreso
de mi dolor el esceso,
con el sol de cien batallas.

DIANA. Y tu escelsa gerarquía
publica bien cuanta gloria
tu ardiente espada adquiria.

LEIVA. Sí; porque me sonreia
tu imágen en la victoria.
Y combatiendo á tu lado
ansiaba mi corazon,
lo que la suerte me ha dado,
por cada batalla un grado,
por cada golpe un blason.
Pero no mas recordemos
ese pasado inclemente;
si lo presente tenemos,
el mal pasado olvidemos
por gozar el bien presente.
El tiempo triste pasó,
y aunque hemos comprado caro
el bien, al cabo llegó.
Diana, soy príncipe.

LEIVA. Y yo
Condesa de la Somaro.

LEIVA. Y ese título?..

DIANA. Publica
que un padre rico, avariento,
y de ilustre nacimiento
casó á su heredera rica
con otro noble opulento.

LEIVA. Casada!

DIANA. Sí: por mi mal.

LEIVA. Para qué el blason ahora
de príncipe y general?

DIANA. Siempre un destino fatal...

LEIVA. Separémonos, señora.
Llorais?

DIANA. Sí: porque me pesa
renovar antiguos daños
á quien tanto me interesa.

LEIVA. Separémonos condesa,

como hace veinte y dos años.

DIANA. *(Acercándose á la puerta.)*
Leiva, hasta la eternidad.

LEIVA. *(Despidiéndola.)*
Diana... Guardeos Dios, señora.

DIANA. *(Volviendo.)*
Olvidaba, perdonad,
que aquí soy la embajadora
de una abatida ciudad.
Pide á sus males remedio,
y son muy terribles, pues
juzga de curarlos medio
que pongais fin al asedio...
entregándola al francés.
Bien sé que á vuestra bravura
será grande sacrificio:
pero en tanta desventura
conservareis la honra pura
que no sufrirá perjuicio.
No quiero con la verdad,
trazar el cuadro sombrío
del hambre y la enfermedad:
lo conoceis, y confio...

LEIVA. Que entregaré la ciudad?

DIANA. Se alza un lúgubre lamento
de aterradora agonia.

LEIVA. Señora...

DIANA. Aflijiros siento,
respondeis á mi porfia?

LEIVA. Oidme, señora, un momento.
La primera vez que os vi
dueña fuisteis de mi amor,
y lo matásteis: corrí
tras de la gloria, y aqui
quereis matarme mi honor.
Oh! terrible cosa fuera;
la adivino y no la creo;
si el amor la vez primera
perdí, que el honor perdiera
la segunda vez que os veo.
Pero no importa.

DIANA. Señor.

LEIVA. Respetemos el arcano.

Como en un tiempo el amor.
ahora pongo en vuestra mano,
condesa, gloria y honor.
Matadlos sin compasion.
No vacileis.

DIANA. No vacilo.
Tomo una resolucion
que me dicta el corazon,
y podeis estar tranquilo.
Para un renombre alcanzar
tú, soldado de fortuna,
has sabido pelear;
y tu mismo te has de dar
lo que no te dió la cuna.
Por mas pesada que sea
la carga sobre tus hombros,
resiste siempre, pelea;
aunque yo la ciudad vea
hecha cenizas y escombros.
No te rindas á dolor
nuestro: morir ó vencer
con indomable valor
es lo que manda el honor:
es lo que debes hacer.
En el muro ó en el llano
no perdones la fatiga:
no des reposo á la mano:
blande siempre el hierro insano...

LEIVA. Diana!

DIANA. Adios.
(*Vase.*)

LEIVA. Dios te bendiga.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

CORREA, *que sale por la puerta de la derecha.*—VELAZQUEZ *que entra por la del fondo.*

CORREA. Bien venido, capitan.
VELAZQ. Cómo el sargento se halla?
CORREA. Como puede hallarse un hombre
de mis años y mi facha.
Bien, siempre que el bronce ruge,
bien cuando silban las balas;
pues, vive Dios! que me asusta
morir tendido en la cama.
Pero en la mano traeis,
si mal no he visto, una carta?
VELAZQ. Es cierto; y ante un soldado
que toda la confianza
del gobernador merece
inútil juzgué guardarla:
porque este papel encierra
un secreto de importancia.
CORREA. Estais seguro?
VELAZQ. Seguro:
y sino juzga. Yo estaba
tirando á la espada prieta
en nuestro cuerpo de guardia,

y entró un soldado á llamarme
por encargo de una dama.
A tal aviso dejé
á mis contrarios las armas;
y apenas salí, se vino
á mi encuentro una tapada.
«Sois el capitan Velazquez?»
me preguntó: y revelaban
la agitacion de su pecho
sus balbucientes palabras.
«El mismo,» la respondí.
«Y, si no miente la fama,
»sois honrado, caballero,
»y os tiene en estima alta
»el general?» Insistió.
«Mi estirpe es bastante clara,
»y al general pertenecen
»mi corazon y mi espada.»
La respondí. «Pues tomad,
(repuso vertiendo lágrimas.)
»este billete, que á Leiva
»entregareis sin tardanza.»
Se lo juré por mi honor,
y, volviéndome la espalda,
se alejó de mí diciendo:
«Si bien cumplís, Dios os valga.»
«Amen» murmuré; y sin mas
me tienes en esta cámara,
dispuesto á cumplir fielmente
la misteriosa demanda;
cuando vuelva el general
de recorrer las murallas.

CORREA. Capitan, bonita historia,
y ademas muy bien contada:
Pero no pudisteis ver
á la incógnita la cara?

VELAZQ. No.

CORREA. Ni un carrillo siquiera!

VELAZQ. Ni la nariz.

CORREA. Pues fué lástima.
Y, bien pensado, qué cosas
á los generales pasan.
Por eso yo, algunas veces,

me querello de mi mala
fortuna, que de sargento
ni me sube ni me baja;
en tanto que á otros soldados
á mucha altura levanta,
si es por bien, y si por mal
de aqueste mundo los saca.

VELAZQ. Como ha de ser.

CORREA. Apropósito:
aunque me alegro, me pasma
ver á Leiva, á quien muy niño
arranqué yo de su casa,
para poner en sus manos
un escudo y una lanza
de soldado, siendo yo
sargento, cómo se halla
de general, y compite
con el marqués de Pescara;
mientras yo, siempre sargento...

VELAZQ. Eso se-esplica por varias
razones que, en mi opinion,
el buen sargento no alcanza.
Cada cual para su cosa
nace, y, por mas que se afana,
el que nació para cobre
jamás se convierte en plata.

CORREA. Yo nací?...

VELAZQ. Para sargento.

CORREA. Pues, dígame, en las batallas
no me porto bien? ¿no doy
cintarazos y estocadas
como el que mas? no sacudo
cada mandoble que canta
el credo? no tengo?...

VELAZQ. Manos.

CORREA. Pues entonces qué me falta?

VELAZQ. Cabeza.

CORREA. Teneis razon.
El general me aventaja
en discurso: no le aturden
las críticas circunstancias;
y en los sangrientos combates
ordena, acuchilla y manda

con un corazon heróico
y una impertubable calma.
Teneis razon; él nació
para servir al monarca
con el brazo y la cabeza,
y yo con las manos.

VELAZQ. Bastan
para cumplir su deber
á quien bien sabe emplearlas.

CORREA. Y yo, qué tal?

VELAZQ. Bien, Hernando.

CORREA. Pues entonces guerra á Francia.
Lo que no dé de consejos,
lo daré de cuchilladas.

ESCENA II.

CORREA.—VELAZQUEZ.—LEIVA.—UN PARLAMENTARIO, *y algunos oficiales.*

LEIVA. (*A los oficiales.*)
Os agradezco, señores,
vuestra celosa eficacia,
á la que debe no poco
el estado de la plaza;
y á nombre del soberano
os doy por ella las gracias.
Siento mucho separarme
de tan buenos camaradas:
mas del noble mensajero
úrgeme escuchar las pláticas,
y saber lo que propone
á un gobernador de España.
(*Empiezan á salir los oficiales.*)

VELAZQ. (*Aparte á Leiva.*)
Señor.

LEÍVA. (*Lo mismo.*)
Capitan.

VELAZQ. Tomad
este papel, que una dama
puso en mi mano, y leedlo;

pues si las señas no engañan,
es importante.

LEIVA. (*Guardando el pliego.*)
Lo haré.

CORREA. Tienes que mandarme?

LEIVA. Nada.
(*Vánse por el foro Correa y Velazquez.*)

ESCENA III.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.

PARL. De la cruda guerra el vario...

LEIVA. Para abrir el Parlamento,
dígnese tomar asiento
el señor Parlamentario.
(*Leiva cae desplomado en un sitial, procurando ocultar su fatiga.*)
Ahora diga en buena ley,
y á nombre del Rey cristiano,
qué quiere del castellano
Antonio de Leiva, el Rey.

PARL. Os ama el rey mi señor
por valiente y caballero.

LEIVA. Por ambas cosas le quiero,
y pago así su favor.

PARL. Conoce que á vuestra audacia
y belicoso ardimiento
iguala vuestro talento.

LEIVA. Su magestad me hace gracia.

PARL. Sabe que á vuestra pericia
supera vuestra lealtad.

LEIVA. En eso su magestad
no me hace mas que justicia.

PARL. Juzga que, capitan sábio,
por una perdida causa
mas no combatireis.

LEIVA. Pausa:
que en eso el rey me hace agravio.

PARL. Que, cuatro meses de cerco
rendir pueden la constancia

de...

LEIVA. No sabe el rey de Francia
que soy riojano y muy terco.

PARL. Basta á honrar vuestra memoria
esta defensa.

LEIVA. Con todo.
yo lo miro de otro modo
y quiero ganar mas gloria.
Si resistí cuatro meses
solo, he de volver la cara
cuando el marqués de Pescara
sitiando está á los franceses?

PARL. Con ejército el Rey cuenta
bastante á imponer castigo
á tan osado enemigo.

LEIVA. Y por qué no lo escarmienta?
Mas, si lo teneis á bien,
sin ambajes ni reparo
decidme claro, muy claro,
á qué venis y por quién.

PARL. El monarca generoso,
y á vuestro esfuerzo rendido,
os propone un buen partido,
muy aceptable y honroso.

LEIVA. Esplicádmelo; si es
de tan buenas condiciones
que un español las razones
pueda escuchar de un francés.

PARL. El Rey, á otro capitan
de mas dudosa hidalguia,
grandes promesas haria
de oro, honores...

LEIVA. Por San Juan!
Que no sigais con tan raras
palabras, pues aunque inciertas,
si promesas encubiertas,
parecen ofensas claras.
Proseguid.

PARL. Sabe que en vos
mella de temor no labra
ni el golpe, ni la palabra.

LEIVA. Bien me conoce, por Dios.

PARL. Mas sabe que sois honrado,

y que por falsa lealtad
no vereis una ciudad
perecer.

LEIVA. Se ha equivocado.
Seguid.

PARL. Por cuya razon,
si nos dejais esta tierra,
los honores de la guerra
concede á la guarnicion:
que, banderas desplegadas,
cruzará nuestras trincheras.

LEIVA. Y qué hará de sus banderas,
llevándolas deshonradas?

PARL. Resistencia tan tenaz
honra su heróico valor.

LEIVA. Yo las cuestiones de honor
miro por distinta faz.
Y pues no vale el ardid,
tiempo y palabras perdemos,
porque no nos entendemos;
al Rey de Francia decid:
que defiendo la ciudad.

ESCENA IV.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. General.

LEIVA. Sin mi permiso
interrumpís?...

VELAZQ. Es preciso
que os hable.

LEIVA. (*Al Parlamentario.*)
Disimulad.
(*Aparte á Velazquez.*)
Qué ha sucedido?

VELAZQ. (*Idem.*)
En tropel
los tudescos se aproximan.

LEIVA. (*Idem.*)
En tan poco su honra estiman?

VELAZQ. (*Idem.*)
Vienen con su coronel
á la cabeza.
LEIVA. (*Al Parlamentario.*)
Un momento,
por un negocio de urgencia,
tendreis la condescendencia
de pasar á otro aposento.
PARL. Así lo haré.
LEIVA. Capitan,
haréisle allí compañía.
(*Ap. á Velazquez.*)
Llevadlo lejos. Mal dia
los tudescos nos darán.

ESCENA V.

LEIVA.

Por Santiago, mi patron!
Pretenden los alemanes
dar al traste con mis planes?
Será codicia ó traicion?
Hoy Dios, que me protégia,
su clemencia de mí aparta!
(*Pausa.*)
Velazquez me dió una carta.
Quizá el cielo me la envia.
(*Saca la carta, rompe el nema y lee.*)
«Leiva, vive sobre aviso.
»Hace á tu causa traicion
»un tudesco, y la ocasion
»espera. Vela, es preciso.»
Un tudesco? Este papel
adrede oculta su nombre;
mas ya conozco mi hombre:
es sin duda el Coronel.
Que venga. Cuánto deseo
verlo: pues es cosa clara
que la traicion en su cara,
si es traidor, al punto leo.

Y el traidor tudesco tiene
de fijo, mala ventura,
si me dice la lectura
su traicion. Pero aquí viene.

ESCENA VI.

LEIVA.—EL CORONEL.—ALGUNOS SOLDADOS TUDESCOS *que se auedan agrupados á la puerta.*

CORON. *(Deteniéndose en la puerta.)*
Mi general.
LEIVA. Coronel,
por qué deteneis el paso?
Tiembla mi palacio acaso,
y hundiros temeis con él?
(El Coronel entra.)
Tambien os pueden seguir
vuestros soldados. Dudais?
(A los soldados que entran pausadamente.)
Y vos, Coronel, no hablais?
A qué vienen?
CORON. A pedir
la paga y racion entera.
LEIVA. Piden en buena ocasion.
He resuelto una racion
dar mañana... en la trinchera.
Y allí veré, por mi vida,
despues de este bravo alarde,
si hay quien se quede cobarde
sin una racion cumplida.
CORON. Todos saben pelear,
pero antes, y seré breve,
la paga que se les debe
quieren, señor, alcanzar.
LEIVA. Y la piden en tropel
con bien descompuestos modos.
SOLDS. La paga!
LEIVA. Silencio todos.
Que hable vuestro Coronel.
CORON. La paga quieren, y ahora.

LEIVA. Pues es un fuerte embarazo.
No me concedeis un plazo?
CORON. Concedemos una hora.
LEIVA. Nada mas?
CORON. Nada mas.
LEIVA. Corto
me parece; sin embargo,
ya que no le dais mas largo,
vereis como en él me porto.
(A los soldados.)
Ahora alejaos de aquí.
CORON. A la puerta esperarán.
LEIVA. Por qué mas lejos no van?
CORREA. Porque estarán bien allí.
LEIVA. Bajad, pues. Esperad vos.
(Los soldados empiezan á bajar, el Coronel va á reunirse con ellos, y Leiva lo detiene.)
CORON. Debo seguirlos.
LEIVA. Paciencia.
Una corta conferencia
(Cerrando la puerta.)
vamos á tener los dos.

ESCENA VII.

LEIVA.—EL CORONEL.

CORON. Me violentais?
LEIVA. No lo sé;
mas lo que sí os aseguro
es que en un plazo muy breve
tenemos que arreglar mucho.
CORON. En otra ocasion...
LEIVA. Callad.
Ahora mando, no pregunto;
pronto pediré respuestas,
aunque no largos discursos.
Escuchadme. Bien sabeis
que está la ciudad en sumo
peligro.
CORON. Lo sé.

LEIVA. Que apenas
bastan mi esfuerzo y mi influjo
para rechazar asaltos
y ahogar civiles disturbios.
CORON. Lo sé.
LEIVA. Sabeis que mi gloria
puede convertirse en humo,
si cuatro meses de afanes
se pierden en un segundo.
CORON. Lo sé.
LEIVA. Que un Parlamentario
está dentro de los muros
sabeis tambien?
CORON. Sí.
LEIVA. Y ahora
acaudillando un tumulto,
representais al francés,
de la discordia el conjunto?
CORON. Vengo á pedir...
LEIVA. Pan y paga?
Coronel, el disimulo
es inútil; la traicion
en vuestros ojos descubro.
Aquí venis á ganar
algun puñado de escudos
del francés, y de mi honra
á ser pérfido verdugo.
CORON. General.
LEIVA. Silencio. Oidme
con suma atencion.
CORON. Escucho.
LEIVA. Aunque arrogante y alegre
entre las filas discurro,
y de la hueste enemiga
provocándola, me burlo,
la tengo miedo...
CORON. Sí?
LEIVA. Miedo.
Sus soldados uno á uno
cuento, y son setenta mil
los que amedrentado sumo.
Despues miro de mis tropas
los rostros pálidos, mustios,

y débiles los que fueron
vigorosos y robustos.
Si la muralla recorro,
mi triunfal marcha interrumpo
ante las brechas que mal
á mi sitiador oculto.
En una palabra, temo,
estoy débil, moribundo,
y vos lo sabeis ahora,
porque yo mismo os lo anuncio.

CORON. Capitular.

LEIVA. No: no es eso,
Coronel, lo que yo busco.

CORON. No comprendo.

LEIVA. Deposito
en el alma de un perjuro
secretos, que á los leales
reservo.

CORON. Y qué?

LEIVA. Poco ducho
estais.

CORON. Pues qué?...

LEIVA. Mi secreto
os dije, porque á ninguno
podreis venderlo...

CORON. Pensais
asesinarme?

LEIVA. No uso
el puñal, pero si pienso
mataros.

CORON. Matarme?

LEIVA. Justo.
Y os he de hacer el honor,
que no mereceis, lo juro,
de daros muerte en secreto
con mi espada y con mi puño.

CORON. Cuerpo á cuerpo?

LEIVA. Y brazo á brazo.

CORON. General, entonces dudo
que triunfeis.

LEIVA. Poco me importa
como aquí quede un difunto.

CORON. Si morís?...

LEIVA. No ha de pedirme
cuentas mi Rey; mas si triunfo,
la vida de la ciudad
hallaré en vuestro sepulcro.

CORON. Y si los tudescos piden
su Coronel?

LEIVA. Yo no dudo
que dándoles un cadáver
queden contentos. Al punto
en guardia.
(Sacando la espada.)

CORON. *(Idem.)*
En guardia.

LEIVA. Con brio,
que tengo pocos minutos.

CORON. *(Tirando una estocada.)*
Esta al corazon.

LEIVA. *(Parándola y contestándola.)*
La paro,
esta á fondo.

CORON. ¡Ay!
(Vacila y deja caer la espada, se sostiene un momento en la puerta de la izquierda y cae.)

LEIVA. Cayó... Rudo
fué el golpe.... Coronel. .. Muerto
está... Un papel. Bien el público
(Leiva se aproxima al herido, le abre la ropa para descubrirle la herida y le saca un papel que empieza á leer.)
testimonio de su infamia.
Lo entraré aqui. Ya seguro
estoy. ¿Sí dirá la historia
que le asesiné? No huyo
su juicio, poco me importa.
(Guarda el papel sin acabar de leerlo y arrastra al muerto fuera de la escena.)
Sepa yo que mi honor puro
está: con ello me basta;
diga lo que quiera el mundo.
(Abre la puerta del fondo, despues la de la izquierda y llama.)

ESCENA VIII.

LEIVA.—VELAZQUEZ.—PARLAMENTARIO.

LEIVA. *(Al Parlamentario.)*
Señores, salid. De nuevo
esta interrupcion disculpo,
y para evitarlas voy
á terminar nuestro asunto.
Decid á su Magestad
que pudiera con orgullo,
por lo muy poco que valgo,
oir la opinion que le plugo
formar de mí; que respeto...
Pero quién entra.

ESCENA IX.

LEIVA.—VELAZQUEZ.—PARLAMENTARIO.—CORREA *y dos soldados españoles que traen un escudo cubierto con una bandera, y se quedan en la puerta.*

CORREA. Yo soy:
y pues con tiempo aquí estoy
queda cumplido mi objeto.
LEIVA. A qué vienes?
CORREA. No te asombre.
Al español represento,
y de plática un momento
vengo á pedir en su nombre.
PARL. Me retiraré...
LEIVA. A salir
esta audiencia no os obliga.
Cuanto un español me diga,
podeis, caballero, oir
(A Correa.)
Hablad, Hernando.
CORREA. Han sabido

los hispanos escuadrones,
que á pedir paga y raciones
los tudescos han venido.
(Movimiento de alegria del Parlamentario.)

LEIVA. *(Al Parlamentario.)*
Es verdad. Y para ahorraros
semejante impertinencia,
corté nuestra conferencia.
(A Correa.)
Sigue.

CORREA. Sin poner reparos
á tan generosos planes,
dice el soldado español,
que el derecho, mas que el sol
claro, es de los alemanes.

LEIVA. ¿Eso dice?

CORREA. Si; y sostiene
que, por la mar y la tierra,
ha de comer de la guerra
quien á hacer la guerra viene.
Y puesto que has de aumentar
al aleman su tesoro,
y que has de repartir oro...

PARL. El español viene?...

LEIVA. A dar.

CORREA. Es claro. ¿A qué ha de venir?
Sobrado de plata está,
y quien tiene que dar dá
á quien tiene que pedir.
Entrad, soldados. Levante
(Entran los soldados.)
el señor Parlamentario
ese morado sudario.

PARL. *(Levanta la bandera.)*
Oro!

CORREA. No hay por qué se espante.
Ni gran mérito la obra
tiene, pues los castellanos
solo dan á sus hermanos
la riqueza que les sobra.

PARL. *(Moviendo el oro.)*
Doblas, joyas.

CORREA. *(Queriéndole impedir que vea mas hondo.)*

Caballero...

PARL. Embutidos de armadura...

CORREA. Es porque va mas segura
la vida bajo el acero.

LEIVA. Y no te han acompañado
mas soldados?

CORREA. Para qué?
Saben que yo cumpliré
su mision como hombre honrado.
Y olvidé otra pretension,
que por mi labio te anuncian.
Desde mañana renuncian
á su cuarto de racion.

LEIVA. Y quieren?...

CORREA. Tenerla entera.
(Al Parlamentario.)
Y vos sereis buen testigo;
porque van del enemigo
á buscarla en la trinchera.

VELAZQ. *(Llegándose á Correa.)*
Bien hablado. Vive Cristo!

CORREA. *(A Velazquez.)*

LEIVA. Al Rey por toda respuesta
contareis lo que habeis visto.
(Al Parlamentario que va á salir y se detiene al oir ruido fuera.)

PARL. Y los gritos, conque ahora
manifiesta su codicia
vuestra tudesca milicia?

LEIVA. (Se habrá cumplido la hora.
(Al Parlamentario.)
Esperad.

PARL. Esperaré.

LEIVA. *(A Correa.)*
Lleva ese escudo; y con arte
su contenido reparte
á los tudescos.

CORREA. *(Se vá con los soldados.)*
Lo haré.

~~DIANA~~. *(A Velazquez.)*
Entra en esa habitacion,
y, anunciándolo tres veces,
lo primero en que tropieces

Leiva

arroja por el balcon.
(Vase Velazquez por la derecha.)

ESCENA X.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO. *Anochece.*

PARL. Sujeto á peligros varios
estais.
LEIVA. Os parece asi,
porque lo que veis aquí
no ven los Parlamentarios.
(Cesan los gritos.)
Por lo demas no me pesa
que sepais cuanto habeis visto;
porque al cabo yo resisto
y he de salir con mi empresa.
De la tudesca legion
acabó la griteria
como yo lo preveia.

ESCENA XI.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.

LEIVA. Lo echasteis por el balcon?
VELAZQ. Dí tres gritos.
LEIVA. Y despues?
VELAZQ. Lo arrojé con calma y brio.
PARL. Y qué era?
LEIVA. El cadáver frio
de un partidario francés.
De un coronel aleman
que conspiraba vilmente.
Y qué decia su gente
cuando lo vió, capitan?
VELAZQ. Corrieron con alegría,
haciéndome mil saludos
á recibir los escudos

que Hernando les repartia.

PARL. *(A Leiva.)*
Y le matásteis vos?

LEIVA. Sí.
Aunque traidor y villano,
le di muerte por mi mano
mientras estábais allí.
Dejé la cuenta arreglada
como cumple á un caballero,
(Desnuda el acero.)
Tinto en sangre está mi acero,
y allí en el suelo su espada.
A vuestro campo marchad,
y mientras á nueva lid
llegamos, al rey decid
cómo queda la ciudad.

ESCENA XII.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.—CORREA *azorado.*

LEIVA. Acabaste ya?

CORREA. Acabé
con la tudesca milicia.
(Aparte á Leiva.)
Pero traigo una noticia.

LEIVA. Dímela y recio.

CORREA. Hablaré.
Me acaban de noticiar,
y es muy justo que lo entiendas,
que estan quemando las tiendas
del campamento auxiliar.

LEIVA. Quién lo ha visto?

CORREA. Desde el muro.

LEIVA. Pues entonces cosa es clara
que no estaba allí Pescara
ni cómodo ni seguro.

PARL. Sin socorro...

LEIVA. Capitan,
para formarles procesos,
quiero que me pongais presos

á todos los que aquí estan.
(Dándole el papel que traia el Coronel. Vase Velazquez.)

ESCENA XIII.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.—CORREA.

PARL. Reflexionad un momento
que una loca resistencia...
LEIVA. Va acabando mi paciencia...
Y se acabó el parlamento.
Al Rey de Francia contad,
ya que lo habeis presenciado,
las discordias, y el estado
horrible de la ciudad.
Id con los ojos abiertos.
Ved nuestras flacas murallas,
y bajo brillantes mallas
los soldados de hambre muertos.
Mas añadid, pues conviene
que el rey cristiano lo entienda,
que á buscarlo iré á su tienda
mañana si aquí no viene.
Que toda réplica es vana
desde hoy mas entre los dos.
(Tendiéndole la mano.)
Id, caballero con Dios.
PARL. *(Estrechándosela.)*
El os guarde.
LEIVA. Hasta mañana.

ESCENA XIV.

LEIVA.—CORREA.

CORREA. Piensas cumplir la promesa
que acabas de hacer?
LEIVA. Sin duda:

y si Santiago me ayuda,
he de salir con mi empresa.
Mas no puedo resistir
tantos lúgubres gemidos;
me atormentan los oidos.
Quiero vencer ó morir.
Me acosan unos y otros,
y aunque parece mentira,
si Pescara se retira
qué haremos aquí nosotros?
Fuera prudencia y temores.
Mañana acaba el afan.
Guerra á muerte. Capitan?...

ESCENA XV.

LEIVA.—CORREA.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Ya estan presos los traidores.
LEIVA. Todos?
VELAZQ. *(Dándole la lista.)*
Todos.
LEIVA. *(Tomándola.)*
Sí. Veré
quiénes son, y no os asombre,
los presos nombre por nombre.
CORREA. No lo sabias?
LEIVA. No á fé.
(Lee para sí.)
(Uno y otro. Cielo santo!)
Están todos presos?
VELAZQ. Sí.
CORREA. Qué tienes?
LEIVA. Nada. (Leo aquí
nombres que me dan espanto.)
Es preciso un escarmiento
hacer pronto é imparcial.
Velazquez, el tribunal
de guerra reune al momento.
Que con celeridad grande,
cual la ley de la milicia

requiere, falle en justicia,
y ejecute lo que mande.
(*Velazquez va á salir.*)
Espera. Tambien prepara
tus soldados, capitan;
porque mañana verán
al enemigo la cara.
Nueva corona de gloria
conquiste al lucir el sol
cada soldado español;
con la muerte ó la victoria.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decorocian de los anteriores, alumbrada por dos candelabros, cuyas velas estan próximas á estinguirse.

ESCENA PRIMERA.

DIANA *sentada en un sitial.*

Qué ansiedad... Arde mi frente...
No se disipan las sombras,
y con torpe pié se arrastran
pesadamente las horas.
A esta cámara por fin
logré llegar: mas qué importa
mi logro, si en ellos quedo
triste, y angustiada y sola?
(Pausa.)
No es tósigo que la vida
va royendo gota á gota,
es una espada, que hiere,
mi insoportable zozobra.
En vano mi pecho lanza
las quejas mas lastimosas,
porque están estas paredes
á mis tristes quejas sordas.
Este silencio me abruma
como una sepulcral losa,
y el aire que aquí respiro
no me reanima, me ahoga.
(Se levanta.)
Qué afan; qué noche tan larga!
No puede tardar la aurora,
y con todo ni un pié humano

se arrastra sobre esta alfombra.
Cómo dormirán? Sin duda
tienen el alma de roca
pues hallan reposo cuando
muchos infelices lloran.
(Pausa.)
¿Mas qué ruido? De esa puerta
(*Señalando la de la derecha.*)
miro entreabrirse las hojas...
Un hombre!... Gracias, Dios mio!
Yo te doy gracias!

ESCENA II.

DIANA.—CORREA *armado de infante.*

CORREA. Señora...
DIANA. No os asombre mi presencia;
no con la mirada torba
rechaceis á una infeliz
que vuestro socorro implora.
CORREA. Hablad sin temor.
DIANA. Deseo,
y os lo suplico llorosa,
ver al general.
CORREA. Mas tarde.
DIANA. Necesito verlo ahora.
CORREA. Es imposible.
DIANA. Imposible?
Mas que la vida y la honra
me va en ello. Lo entendeis?
Si late bajo esa cota
un corazon, si buen alma
os dió la misericordia
de Dios, prestad un consuelo
á mi asesina congoja.
CORREA. Dios me ha dado un alma buena;
vuestros gemidos me agovian,
y lágrimas á mis ojos
dan vuestras pupilas rojas;
mas no puedo hacer que Leiva

en este momento os oiga.

DIANA. Está durmiendo? Si duerme
despertadlo, que muy cortas
serán mis razones: luego
podrá dormir.

CORREA. No reposa.

DIANA. Si militares cuidados
tiempo y atencion le roban,
muy poco puede quitarle
una frase de mi boca.
Vamos.

CORREA. No puedo.

DIANA. Os daré
oro y riquísimas joyas.

CORREA. Tal ofensa un hombre honrado
á vuestro dolor perdona;
mas no se vende un sargento,
de la milicia española.

DIANA. Teneis razon. De mi ofensa
no hagais caso... Yo estoy loca.
Os suplico por la vida
de vuestra madre.

CORREA. En la gloria
está.

DIANA. Teneis hijos?

CORREA. No.

DIANA. Tendreis una casta esposa?

CORREA. Tampoco. Nací soldado,
y á un soldado no acomodan
esos díges.

DIANA. Venerais
la sacrosanta memoria
de vuestra madre?

CORREA. Eso sí:
y diera mi sangre toda
por honrarla en este mundo.

DIANA. Por ella os ruego; se gozan
las almas de nuestras madres
cuando sus hijos las honran.
Vamos.

CORREA. *(Balbuciente.)*
Salió el general
á media noche, y aun ronda.

DIANA. Dónde estará?
CORREA. En la muralla.
DIANA. Voy... Pero no... Tengo poca
fé en lo que hablais, y recelo
que me alejais con hipócrita
compasion, para que Leiva
no me encuentre aqui. No otras
razones teneis... Mirad:
no puedo en tan angustiosa
incertidumbre un momento
vivir. Si con traidora
intencion de este recinto
me alejais; si la deshonra
vuestra, mintiendo, labrais,
haga Dios que caiga toda
la sangre sobre la frente
del que mi designio estorba.
Adios.
CORREA. Deteneos.
DIANA. *(Con desprecio.)*
Mentiais.
CORREA. Mirad.
(Señalando la puerta de la derecha, en la cual aparece Leiva completamente armado y con la bandera que sirvió en el prólogo, la cual entrega á Correa, que se va por el fondo.)

ESCENA III.

DIANA.—LEIVA.

DIANA. *(Adelantándose.)*
Príncipe!
LEIVA. *(Intentando cruzar la escena.)*
Señora.
DIANA. A dó vais?
LEIVA. A do me llama
mi sagrado deber.
DIANA. No sin antes responder
á los ruegos de una dama.
LEIVA. Mi impaciencia perdonad,

y no lo juzgueis ofensa;
marcho, porque la defensa
me llama de la ciudad.

DIANA. Aqui os detendrá el clamor
de una muger afligida,
que vé en peligro la vida
de su buen padre, señor.
Aquí os detendrá el gemido
y la súplica piadosa
de una desgraciada esposa
que pide por su marido.
Aquí las quejas estrañas
y un dolor, el mas prolijo,
de madre que por el hijo
os pide de sus entrañas.
Estos tres grandes dolores
os detendrán: bien lo veo.

LEIVA. Y qué quereis?

DIANA. Qué deseo?
El perdon de tres... traidores.

LEIVA. A un tribunal sometida
está, señora, su suerte.

DIANA. Podrá imponerles la muerte,
y vos les dareis la vida.
Sin comprender su desgracia,
dura ley de la milicia,
hará el tribunal justicia,
pero vos les hareis gracia.
(Pausa.)
Por qué callais? Por qué el llanto
no restañais de mis ojos?
Os dan por ventura enojos
mis súplicas y quebranto?
(Leiva hace ademan de irse.)
Os marchais? De una muger
calmad las desdichas fieras.

LEIVA. Voy, señora, á las trincheras,
á triunfar ó perecer.

DIANA. Yo no os dejaré salir
si antes no me prometeis
que á los tres perdonareis.

LEIVA. No sé, señora, mentir.

DIANA. No los perdonareis? Nuevo

dolor haced que taladre
mi corazon. A mi padre
no salvais?

LEIVA. Mucho le debo.
Un dolor y una memoria,
condesa, que no han podido
sepultar en el olvido
veintidos años de gloria.
El destruyó mi esperanza:
envenenó mi destino:
se atravesó en mi camino...

DIANA. Y hoy cumplís vuestra venganza.
En vez de tanta grandeza
mostrar, que se busque en vano
comparacion, de un anciano
pisais la noble cabeza...
Imposible. Al cielo plugo
daros un corazon grande;
y, aunque el tribunal lo mande,
no hará justicia el verdugo.
Gracia, señor! Generoso
ser, cual siempre, os corresponde;
salvad la vida del conde.

LEIVA. Tambien por él?

DIANA. Es mi esposo.

LEIVA. Ese título...

DIANA. Los cielos
santificaron; y ahora
ese título...

LEIVA. Señora,
no alimenteis mas mis celos.
Pude sufrir y callar
antes; pero ya rebienta
en mi pecho la tormenta,
como en los antros del mar.
Y á fuerza de padecer...

DIANA. Sereis mas grande, señor.

LEIVA. Mucho os inspira el amor.

DIANA. Mucho me manda el deber.
Perdonadme si os aguijo:
y aunque mal mi ruego os cuadre,
tendreis piedad de una madre
que os suplica por su hijo.

En jamás os ofendió,
y las prisiones le oprimen.

LEIVA. En ser hijo lleva el crimen
de quien la vida le dió.

DIANA. Y por ello castigado
será con muerte fatal?

LEIVA. Corresponde al tribunal
ejecutar lo fallado.

DIANA. Y vos?

LEIVA. (*Queriendo irse.*)
Perdonad, señora.

DIANA. Un momento. Mi afliccion
no os inspira compasion?

LEIVA. Va despuntando la aurora.

DIANA. Y qué me importa su luz!

LEIVA. Me llama el honor.

DIANA. A mí
la muerte me clava aqui.
Por el que murió en la cruz
perdon os pido y lo espero.

LEIVA. No puedo, señora.

DIANA. Oh!
No podeis perdonar?

LEIVA. No.

DIANA. Escuchadme, caballero.

LEIVA. Considerad que esperando
está la hueste.

DIANA. No importa,
será la detencion corta.
Ya no suplico, ahora mando.
Jamás consentireis vos,
aunque mas traidores fueran,
que hijo, esposo y padre mueran
de la que...

LEIVA. Callad, por Dios.

DIANA. De la que faltando infiel
á hijo, esposo y padre, un dia
al defensor de Pavía
osó escribir un papel
denunciando una traicion.

LEIVA. Vos?

DIANA. Al delator teneis
presente; si os atreveis,

negadle, Leiva, el perdon.
Poco me importa la fama.
Yo misma publicaré
el crimen que perpetré
y el premio.
(Suena un clarin.)

LEIVA. El clarin me llama.

DIANA. Y no me respondeis?

LEIVA. Puedo
responderos? No.

DIANA. Me aterra
(Suena segunda vez el clarin, y Leiva manifiesta su impaciencia.)
vuestro silencio... A la guerra
id, que me estais dando miedo.
Saciad esa sed de gloria
que va de la muerte en pos.
(Alejándose de Leiva, que se dirige á la puerta.)

LEIVA. *(Parándose.)*
Señora, rogad á Dios...

DIANA. *(Acercándose á Leiva.)*
Qué?

LEIVA. Que nos dé la victoria.

ESCENA IV.

DIANA.—*Un momento despues* EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

DIANA. La victoria!... No... Si el cielo
oye mi oracion devota,
te dará infame derrota,
porque tú das muerte y duelo.
En vano tu brazo fuerte
herirá con marcial brio.

MARQ. Hija infeliz.

DIANA. Padre mio!
A dónde vais?

MARQ. A la muerte.

DIANA. Ay!
(Cae desplomada sobre el sitial.)
MARQ. Hija mia!
VELAZQ. Condesa.
DIANA. Dejadme... Y os acercais
vos, que impasible llevais
á los verdugos su presa?
(Levantándose.)
Atrás. Presenciar os toca
mi dolor y mis enojos.
No veis que lanzan mis ojos
rayos, y fuego mi boca?
Si para vos son festejos
los ayes de la agonía,
podeis presenciar la mia;
mas lejos de mi, muy lejos.
Dudais?
VELAZQ. No dudo, señora.
Aunque he crecido guerrero,
no es mi corazon de acero.
Quedais solos media hora.

ESCENA V.

DIANA.—EL MARQUÉS.

DIANA. Perdonadme... Se alejó.
Pero asi el tiempo perdemos.
MARQ. Y qué decirnos podemos?
Qué hacer?
DIANA. Qué hacer?... Qué sé yo!
MARQ. Preso, condenado... Así
nada puedo; nada valgo.
DIANA. Pues es preciso hacer algo.
MARQ. Y por qué te encuentro aquí?
DIANA. Porque he venido á cansar
con súplicas repetidas
al hombre que vuestras vidas
puede... si quiere... salvar.
MARQ. Y nos perdona?
DIANA. Señor...

MARQ. Esa turbacion... Perdido
estoy.
DIANA. No habeis conocido?...
MARQ. A quién?
DIANA. Al gobernador?
MARQ. No.
DIANA. Bajo su rico traje...
y esto aumenta mi congoja,
el labrador de Rioja
está, que nos dió hospedaje.
MARQ. Imposible!
DIANA. Con un alma
altiva, arrogante, fiera,
tras la militar bandera
ganó la guerrera palma.
Tan sábio como leal
y valiente, el soberano
puso en su sangrienta mano
un baston de general.
Porque bien su frente tenga
de príncipe la corona...
MARQ. El general nos perdona?
DIANA. El labrador hoy se venga.
Humillásteis imprudente
la altivez de un castellano,
y por pisar un gusano
pisásteis una serpiente.
Llorando me vió á sus piés.
MARQ. Y no te dió una esperanza?
DIANA. No.
MARQ. Su terrible venganza
cae á un tiempo sobre los tres.
Llorar te verá y sufrir
huérfana á un tiempo, viuda
y sin hijo, la mas cruda...
DIANA. Mi hijo no puede morir.
MARQ. Condenado está.
DIANA. No es cierto.
Si condenado estuviera,
antes de saberlo, hubiera
su madre de dolor muerto.
Padre, os engañais de fijo.
El dolor engaña á veces.

No son tan fieros los jueces
que asesinen á mi hijo.
Mas no son los jueces, no,
los que le asesinan, cielo!
le mata su propio abuelo,
le mata su padre... Oh!
Por qué á planes tan estraños
vos, cargado de esperiencia,
inclinásteis su inocencia,
sus tiernos diez y ocho años?
Por qué su padre... qué horror!
por qué su anciano padre
lo separó de su madre
para enseñarlo á traidor?
Es preciso que suplique,
que derrame mis riquezas.
Cercenen vuestras cabezas,
pero no la de mi Enrique.
Mi padre y mi esposo son
criminales... Desvarío.
Perdon, perdon, padre mio!
Me vuelvo loca.
(Arrodillándose.)
Perdon!

MARQ. Infeliz, levanta y llora.

DIANA. No. Debo quedar asi.
Me perdonais, padre?

MARQ. *(Levantándola en sus brazos.)*
Sí.

ESCENA VI.

DIANA.—EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Se cumplió la media hora.

DIANA. A dónde vais? Responded...
Callais los dos?

MARQ. Al suplicio.

DIANA. Imposible! Pierdo el juicio.
(A Velazquez.)
Concededme una merced.

VELAZQ. Pedid, señora, y si puedo...
DIANA. Si podeis. Media hora mas
detenecos aquí: quizás
algo logre.
VELAZQ. Os lo concedo.
DIANA. Gracias. Qué suena?
(Se oye el lejano tronar del cañon.)
VELAZQ. El cañon.
DIANA. Leiva estará?...
VELAZQ. En la batalla.
DIANA. Lo hallaré, aunque la metralla
me traspase el corazon.

ESCENA XVII

EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Pobre señora! Quisiera
(El Marqués se sienta pensativo.)
aliviar su pesadumbre,
y en lo mas hondo del alma
resuena su llanto lúgubre.
Quiera Dios que el general
sus tristes ayes escuche,
y de sus hermosos ojos
el copioso llanto enjugue.
Animo, marqués, qué diablos!
(Llegándose al Marqués.)
Es el destino voluble,
y al que descendió al abismo
remonta luego á las nubes.
Treinta minutos de vida
tenemos, y aunque discurre
el tiempo, en treinta minutos,
como el cielo nos ayude,
desde el abismo del mal
subiremos á la cumbre
del bien.
MARQ. Capitan Velazquez,
vuestra voz aliento infunde;
y por la buena intencion

Dios os proteja y escude.
Quereis darme la esperanza;
mas reina la incertidumbre
en mi cabeza, y á un tiempo
me reanima y me consume.

VELAZQ. El llanto de una muger,
su acento doliente y dulce,
capaces son de ablandar
á una piedra, y aunque juzguen
al general inflexible,
tambien en su pecho bulle
un corazon.

MARQ. Respondedme.
Ese capitan ilustre
que nos manda, y á la vez
respeto y temor infunde,
fué en Rioja?...

VELAZQ. Labrador.

MARQ. No digais mas; será inútil
el ruego.

VELAZQ. Por qué? Pensais
que no pueden las virtudes
morar en el corazon
de un labrador? Que dá el lustre
de la cuna pensamientos
mas nobles? Quien tal presume
se engaña. Yo soy hidalgo;
no hay miedo que renuncie
á mi blason; pero sé
que el sol reparte sus luces
al noble como al villano;
y que la divina lumbre,
luz del alma, Dios á todos
igualmente distribuye.

MARQ. No su origen; una historia
me hace que tema y que dude.
Tiene agravios que vengar.

VELAZQ. Y que perdonar.

ESCENA VIII.

El Marques.—Velazquez.—Correa, *empolvado.*

Correa. Bien cruge
el cañon... Voto al demonio!
y yo bajo esta techumbre
encerrado...
Velazq. *(A Correa.)*
Y la batalla?
Correa. Qué sé yo. Los arcabuces
lanzan rayos; los aceros
hieren; los cañones rugen;
se rompen las armaduras;
la sangre corre; se cubre
el suelo de moribundos:
y entre el aparato fúnebre
de la muerte, los caballos
relinchan, en actitudes
las mas gallardas; redoblan
los tambores, se confunden
los escuadrones, resuenan
los clarines y relucen
las corazas. Es el cuadro,
mas hermoso! Dios no apure
mi paciencia.
Velazq. Por qué?
Correa. Antes
os diré, que fué un embuste
la noticia de que el campo
imperial se aleja y huye.
Velazq. Ataca el marqués?
Correa. Ataca;
y toda esa muchedumbre
francesa probará hoy
del buen marqués el empuje.
Velazq. De qué nace tu impaciencia?
Correa. De que el general me embute
en la ciudad, sin dejarme
que el sabroso placer guste

de dar y recibir golpes.
Apenas las manos puse
en la masa, con voz hueca
me dijo: «vete, que urge
tu presencia...»

VELAZQ. En dónde?

CORREA. Aquí.

MARQ. Para?...

CORREA. Señor, no os asuste
mi venida. Traigo solo,
en el caso de que triunfen
los franceses, el encargo
prudente, oportuno y útil,
de pegar fuego á una mina,
para que á un tiempo sepulte
al vencedor y al vencido;
y bajo escombros los junte.
Son precauciones de guerra,
y algunas veces se cumplen.

ESCENA IX.

EL MARQUES.—VELAZQUEZ.—CORREA.—DIANA, *que entra precipitadamente, y se para delante del reloj, quedándose inmóvil.*

VELAZQ. Pues esperemos con calma.

MARQ. Diana!

DIANA. Faltan seis minutos.

CORREA. (*A Velazquez.*)
Estan sus ojos enjutos.

VELAZQ. (*A Correa.*)
Lágrimas vierte su alma.

MARQ. Hablaste al general?

DIANA. No.
No me han dejado salir
al campo.

MARQ. Voy á morir.
No hay remedio.
(*Se sienta.*)

DIANA. Qué sé yo.

Quise en la lid formidable
lanzarme á buscarlo; pero...
(*Dando un grito.*)
No veis ese minutero
como camina implacable!
Minuto y medio corrió
desde que estamos aquí.
Que no ande mas. Parad, si!...
Parad, parad el reló.
No es posible que resista
yo ese curso tan violento.
Corre mas que el pensamiento;
y mucho mas que mi vista.
Afila su acero impío
(*Acercándose al Marqués.*)
el verdugo, y no hay remedio?...
Paradlo. Minuto y medio
(*Volviendo al reloj.*)
mas ha corrido. Dios mio!
Ya de su víctima en pos
va con la espada homicida...
Ay! dos minutos de vida,
(*Acercándose al marqués y ocultando el rostro en su seno.*)
nos quedan, padre mio, dos.

VELAZQ. (*Conmovido á Correa.*)
Pobre señora.

CORREA. (*Llorando á Velazquez.*)
El demonio
me trajo aqui, voto á san!
En mal hora, capitan,
hice yo caso de Antonio.
Hay placer en las cuchillas
blandir; mas no lo hay en ver
cómo llora una muger
temblorosa y de rodillas.
Me voy de aquí. Quién me mete
á presenciar tales duelos?
(*Dá el relój las siete.*)
Si no he de darla consuelos,
por qué he sufrir?
(*Quiere irse.*)

DIANA. Las siete!

(Al grito de Diana se detiene Correa, el Marqués se levanta y se dirige á Velazquez.)

MARQ. Vamos.
VELAZQ. Vamos.
DIANA. Compasion
tened, y os dará su gloria
Dios.

ESCENA X.

EL MARQUES.—VELAZQUEZ.—CORREA.—DIANA.—LEIVA. *con la armadura abollada y sangrienta, y en la diestra la vieja bandera que dió á* CORREA.

LEIVA. Dios nos dió la victoria,
y el rey os dá su perdon.
(Dá la bandera á Correa.)
DIANA. Gracias.
MARQ. *(Echándose á los pies de Leiva.)*
¡Ah!
CORREA. Bien hecho.
LEIVA. *(Alzando al Marqués.)*
Al Rey
las gracias. El la corona
lleva; y él solo perdona
cuando castiga su ley.
MARQ. Cómo os mostraré, señor,
mi admiracion y respeto?
LEIVA. Enseñando á vuestro nieto
lealtad al emperador.
Libre quedais. Marchad pues.
Todo acabó. Prisionero
está Francisco Primero,
y en gran derrota el francés.
CORREA. Por fin humilló la frente
el altivo rey de Francia,
cuya indómita arrogancia...
LEIVA. Respetadlo: es un valiente.
Y debe saber el mundo
que fué tan buen caballero,
si en la desgracia el primero,

en el valor sin segundo.
Velazquez, de la ciudad
acabaron los cuidados;
á todos los sentenciados
los pondreis en libertad.

DIANA. Siempre grande y generoso.

LEIVA. Salid con el capitan,
y mas pronto vuestro afan
calmarán hijo y esposo.

MARQ. Señor, os habeis vengado
de una manera que alcanza
al corazon la venganza.

LEIVA. Así se venga un soldado.

MARQ. Yo os ofendi...

LEIVA. Entre los dos
ni hay beneficio ni ofensa.

MARQ. Y la vida en recompensa
me dais de un ultrage...

LEIVA. Adios.

(El Marqués y Velazquez se adelantan hácia la puerta.)

DIANA. *(Llegándose á Leiva.)*
Adios, Antonio.

LEIVA. Marchad
con vuestro padre.

DIANA. Marchemos.

LEIVA. Ya nunca mas nos veremos.

DIANA. Señor, en la eternidad.

ESCENA XI.

CORREA.—LEIVA, *abatido.*

CORREA. Qué tienes?

LEIVA. Nada.

CORREA. La suerte
su dardo postrero lanza.

LEIVA. Lidiando sin esperanza,
iré ganando la muerte.

CORREA. Y conquistando mas gloria
con tu diestra armi-potente.

LEIVA. ¿Para qué quiere mi frente
el laurel de la victoria?
Un *Adios* aqui retumba ..
Eterno.
Si. (*Pausa*)
Esa bandera (*Reanimándose.*)
Hernando; y cuando muera
bre mi tumba.

FIN DEL DRAMA.

Este drama se representó en el Teatro Español la noche del 2 de Marzo de 1875, á beneficio de

DON ANTONIO VICO.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.30
no.1-19